

ORÍGENES MEDIEVALES EN LA NACIÓN MEXICANA, DE LA DESESPAÑOLIZACIÓN A LA NEGACIÓN DE ESPAÑA

Lilia Granillo Vázquez*

Y como yo no quiero la enemistad de nadie, creo
y confieso de la misma manera en Rama y Cita
de Valmyki que en Papi II, llamado por Manetho,
Nofer-Ka Ra, de la undécima dinastía egipcia, que
reinó cien años (envidia de reyes y gobernantes)
que en el cacique Cholocal II y su mujer
Zempasúchil II,...
Vicente Riva Palacio, 1882

EN BUSCA DE LOS ANCESTROS

En el siglo XIX, época de fundación de la literatura nacional mexicana, la tarea de escribir una historia literaria fue concebida de manera singular por los eruditos de la época; ello se percibe tras la lectura de discursos, ensayos y capítulos de libros escritos entonces que constituyen un *corpus* que la antropología moderna consideraría como “fundacional” de la identidad nacional. Toda identidad socialmente asignada proviene de la construcción simbólica en torno a la pertenencia al grupo, la comunidad, el pueblo, y se fundamenta en significados

compartidos. Las identidades nacionales resultan de una construcción simbólica –*constructo* cultural– que se articula y se expresa mediante discursos, por ejemplo el discurso que cuenta los orígenes comunes del grupo. Si bien el siglo XIX es el tiempo de los movimientos nacionales en Occidente, en el caso de la identidad nacional mexicana destaca la construcción simbólica mediante discursos artísticos de “lo mexicano” que se encumbran en el XIX, tras la Independencia política de España, se prolongan por todo el siglo XX y siguen en el XXI. En este trabajo me interesa exponer parte del proceso simbólico que apoyó la independencia cultural de la región que alguna vez fuera identificada como la Nueva España. La idea es mostrar cómo liberales y conservadores mexicanos emprendieron los fundamen-

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

tos nuevos que legitimaran la expresión que, tras haber sido colonizada, pudiera entonces ser nacional, mexicana. Tanto la historia literaria –contar los orígenes– como la literatura misma –cantar los orígenes– recurrieron a licencias poéticas y subterfugios literarios, que incluyeron el parricidio lingüístico, para explicar la recientemente fundada nación mexicana.

Este trabajo traza la ruta para la *desespañolización* de la literatura mexicana, e intenta una historia del proceso discursivo que une a lo mexicano expresado en lengua española con lo europeo expresado en lenguas nórdicas. He aquí un intento de liberación donde se verifica la pulsión freudiana de asesinar a los padres. México había alcanzado la independencia política, pero quedaba por resolver la pregunta cultural en cuyo centro está la literatura: ¿cómo independizar una expresión heredada de los antiguos colonizadores, una lengua que no se había originado en la nación; es decir, un sistema lingüístico no nativo, trasplantado, impuesto?

Francisco Zarco declaraba, en 1852: “Si en los trescientos años que siguieron a la Conquista, no hubo, ni pudo haber, literatura nacional, es evidente que la literatura mexicana es de ayer.”¹ Cabe recordar

¹ F. Zarco “Estado de la literatura en México”, en *La Ilustración Mexicana*, T. iii, p. 5-8, reproducido en Jorge Ruedas de la Serna (coord.), *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, UNAM, México, 1996, p. 178. Resultado del Seminario de crítica literaria del siglo XIX, de la Coordinación del posgrado en Letras, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, a cargo del Dr. Ruedas, el libro reúne numerosos textos fundacionales. En ese Seminario germinaron las ideas del presente estudio.

que la lengua de la nación² constituye, junto con la tierra, la religión, la etnia –lo demográfico, decimos hoy–, y el pasado compartido, las cinco categorías antropológicas más jugosas para estudiar el nacionalismo. Julio Cabrera afirma:

La nación, como todo fenómeno social de identidad colectiva se constituye en un proceso ideológico (discursivo) que avanza desde la producción de significaciones ideológicas nacionalistas (respuesta a relaciones sociales desiguales) hasta la acción colectiva que implica tanto la transmisión y consumo de dichas significaciones, como la estrategia de acción colectiva (política y cultural) encaminadas a la construcción y la defensa de la nación.

Así pues, quien investiga el nacionalismo ha de fijarse en la lengua no como vehículo del discurso ni únicamente como expresión artística, sino como la nación misma. José María Vigil dirá, luego del triunfo de la República Restaurada:

Preciso es distinguir, desde luego, entre la nacionalidad y la originalidad de una literatura. Para lo primero basta que ésta sea la expresión de un pueblo que tenga un modo de ser particular, aun cuando no entre en ese modo la independencia política.³

² Elsa Muñiz “Identidad y cultura en México, hacia la conformación de un marco teórico conceptual”, en Lilia Granillo (Coord.) *Identidades y nacionalismos, una perspectiva interdisciplinaria*, Ediciones Gernika-UAM, México, 1993, p. 13ss

³ J.M. Vigil “Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana”, *Revista Mensual Mexicana*, México, 1877, pp. 3

Existe un debate, una evolución expresiva en el Nuevo Mundo que buscaba orígenes diversos del Mundo Antiguo con el ansia de lograr que también la cultura fuera independiente. Los orígenes fueron encontrados, paradójicamente, en el Viejo Continente. En efecto, la genealogía se trazó desde Occidente, desde lo europeo, pero no en la cultura que había sometido su soberanía, sino en regiones y lenguas que culturalmente no habían colonizado esa expresión. La paradoja no era entonces tan evidente: en los discursos que analizó los mexicanos aparecen como herederos de la tradición medieval del norte de Europa. Tal herencia fue el fruto de una usurpación que a nadie repugnó merced a las posibilidades de desconstrucción y reconstrucción de la semiosis. Mi intención es mostrar cómo evolucionó el proceso semiótico de resignificar fuentes y raíces literarias ajenas y lejanas; cómo se injertó la literatura mexicana con la simiente medieval y se obtuvo un fruto jugosísimo: la joven literatura nacional mexicana, independiente de la de España.

Desde principios del siglo XIX escribir la historia de la literatura mexicana, es decir, determinar los orígenes, las fuentes, el desarrollo, las transformaciones y demás de la expresión poética nacional, fue una de las tareas principales de literatos y críticos: repito, era una búsqueda de la libertad cultural. Tras la consumación de la Independencia, aguardaba la tarea de constituir una literatura mexicana propiamente dicha, autónoma; y para ello necesitaba ser independiente de la de España. Escritores y prohombres debatieron ampliamente sobre la necesidad de contar con una lengua y una literatura fundamentales, fundadoras –los

antropólogos de lo mexicano dirían, de nuevo, “fundacionales” de la nueva nación: expresión de la incipiente identidad nacional mexicana. ¿Cómo lograrlo si la lengua nacional era el español, o sea era lo de España?

Desde la época anterior a las guerras de liberación la ausencia de una expresión poética y el anhelo de una literatura propia eran públicos. Un “Epigrama” que apareció en el *Diario de México* del 9 de noviembre de 1805, firmado por “El Solito” –la elección de este seudónimo subraya la esterilidad literaria implícita– se lamentaba así de la carencia de expresividad, de lo que ahora llamaríamos la tragedia del escritor, “la página en blanco”:

“¿Qué tienes Musa Mía,
Que al Diario no te ofreces?
Mira que sirve mucho,
Quien sirve al que conviene.
Díctame una cosita sola
Que sea digna de leerse:
Una cosita sola,
Bonita, pero breve...”

Por su parte, la musa contestaba con timbres de ominosa advertencia, ante la inseguridad literaria y acaso la inestabilidad social pre-independentista:

“Estoy adolorida,
Cuanto pasa me duele:
Gusto de que otras canten
Y temo a los que muerden”.⁴

El germen de uno de los problemas de identidad de lo mexicano puede encon-

⁴ *Diario de México*, Núm. 49, Tomo 1, f. 165, sábado 9 de noviembre de 1805.

trase detrás de la respuesta de la musa, publicada en el primer año de la primera publicación cotidiana del país —único periódico de la época—. Primero, la musa mexicana confiesa un estado de sufrimiento, luego revela también que adolece del gusto por lo extranjero (“Gusto de que otras canten”), lo que en el siguiente siglo sería conocido como *Malinchismo*, y que regaría con tinta el terreno cultural. Y, segundo, está presente otro lugar común en la cultura mexicana: el miedo al rechazo (“temor a los que muerden”), síntoma del multicitado “Complejo de inferioridad del mexicano”. Y para mostrar la actualidad del *Laberinto de la Soledad*, una rápida muestra de la vigencia discursiva. Vigil dirá, setenta años después de la Musa, es decir toda una vida:

Es cierto sentimiento de inferioridad que hemos heredado de la Colonia, y el cual engendra una timidez que no se atreve a traspasar los límites de una servil imitación (*Op. Cit.*, p. 7)

Tal sentimiento de soledad, de orfandad, se enlazará con el discurso de lo mexicano en textos clásicos del siglo XX como el de medio siglo de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*: “Al nacer, México se encontró en el mundo civilizado con la misma relación del niño frente a sus mayores”⁵

O bien el del eminente psicólogo mexicano Santiago Ramírez, en 1975:

El hombre mexicano carente de un padre que le brinde una estructura va a buscar en aspectos formales externos

⁵ Samuel Ramos *El Perfil del hombre y la cultura en México*, Porrúa, México, 1963, p. 73.

aquello que no ha incorporado en su interioridad. Por eso hará alarde externo de una hombría de una paternidad de la cual carece...⁶

Falta de paternidad que para Laura Bolaños Cadena, una de las pocas escritoras que aborda las cuestiones de la identidad nacional, cabe denunciar como “racismo de los mexicanos y su ambivalencia frente a lo español”. Así lo dice en *La identidad perdida y otros mitos*, en 2001:

Cuando entre los mexicanos se mencionan *nuestras raíces*, se alude siempre a lo prehispánico, a lo indio. Nos sentimos herederos directos de las culturas que surgieron en Mesoamérica... Y es cierto, existe entre nuestros compatriotas una gran admiración y devoción por los indios, pero de museo...⁷

Para retomar los sentimientos de orfandad y desolación de la musa del *Diario*, cabe comprenderla. Temblaba ante el paroxismo que parecía apresurarse: la violencia que entraña todo romper de cadenas. Por un lado, *El Solito*, no quería ya que la musa “cantara al que conviene”, o sea a la Metrópoli; por otro, acaso entreveía la paradoja que se avecinaba: ¿Cómo poseer una lengua y una literatura auténticamente mexicana, si en México se había escrito por siglos “a la manera que convenía”, es decir, a la española? ¿Cómo independizarse de la tradición poética, cuando la lengua y la expresividad salían del mismo tronco enraizado

⁶ Santiago Ramírez *Infancia es destino*, Siglo XXI, México, 1975, p. 27.

⁷ Laura Bolaños Cadena *La identidad perdida y otros mitos*, Editorial Vila, México, 2001, p. 58.

en la Península? Impensable que estos ilustrados rescataran de improviso lo indígena, las pirámides mesoamericanas y su grandeza eran desconocidas; había que desembarazarse de lo español, que no de lo europeo ni lo occidental.

NECESIDAD Y CONVENIENCIA DE ASESINAR A LOS PADRES

"Excusado es decir que la América no hizo más que entrar de lleno en la corriente que arrastraba al mundo occidental."

José María Vigil, 1876

Sobrevino el cataclismo de las Guerras Napoleónicas y luego el de las de Independencia y la musa siguió muda. Llegó por fin a México el romanticismo occidental-germano, y ofreció lo que Arnold Hauser, en su *Social History of Art*, considera "la obsesión romántica": el historicismo, cuyo frenesí por "reorientar completamente la cultura era una expresión de profundos cambios existenciales y correspondía al cambio vertiginoso que sacudió los pilares mismos de la sociedad"⁸

Amparada en el romanticismo, mediante uno de los muchos sincretismos que caracterizan la cultura nacional, la musa mexicana pudo establecer sus orígenes en creaciones poéticas alejadas en lengua, tiempo y circunstancia de lo que entonces eran México y lo mexicano. Recurrir a orígenes remotos, distantes de los Peninsulares, no fue exclusivo de los

⁸ Arnold Hauser *The Social History of Art*, "German and Western Romanticism", Routledge & Kegan Paul, Londres, 1951, pp. 657 ss.

teóricos de la historia literaria. Al ardid recurrieron también los pioneros en la Historia de México. Ello se advierte en el "Plan general de estudios", de agosto de 1843, también primer intento pedagógico de la historia en el México Independiente, que proponía "...el estudio de la Historia como parte importante de la formación intelectual y moral de los alumnos profesionales..." (6).

Nuestro contemporáneo, el historiógrafo Ortega y Medina reseña la divergencia ante la inclusión o exclusión de la Edad Media como elemento constitutivo de la escritura de nuestro pasado; presente tras la "Primera Polémica Mexicana Acerca de la Historia"; evidente en las diferencias entre José María Lacunza, primer maestro de la primera cátedra de Historia de México, en la Academia de San Juan de Letrán, y José Gómez, conde de la Cortina, autor de una *Cartilla historial o método para estudiar la historia* (editada en México y en Madrid, 1829). La erudición europeizante del Conde contrasta, aunque no irreparablemente, con la preocupación mexicanista de Lacunza. Este último traza el pasado que debe estudiarse en la Antigua Tenochtitlán con un hito en la Edad Media.

En México es de todos conocido que no hubo Edad Media. En nuestros tiempos, la crítica y el conocimiento han tenido problemas para enlazar la vida mexicana con la medieval. Luis Weckman, uno de los escasos medievalistas mexicanos, encabeza en 1962, con profundas interrogantes, su intento por ligar lo mexicano con el Medioevo. Las preguntas, nada retóricas, exponen lo forzado de la vinculación:

¿Se justifica en nuestro país la publicación de un libro titulado: *Panorama*

de la cultura medieval? ¿Es útil para una mejor comprensión de nuestra cultura escudriñar algo de su pasado en la vida intelectual e institucional del Medioevo?⁹

En rigor, el enlace mexicano con lo medieval se establece casi exclusivamente a través de lo español y debido al proceso de colonización. Sin embargo, durante todo el primer siglo de vida independiente uno de los objetivos centrales de los escritores en este país fue precisamente volver evidente un parentesco directo entre lo mexicano y lo medieval, lo no español, específicamente relacionado con lo nórdico medieval, que permitiera a la creación mexicana usufructuar la riquísima herencia de aquella época, lejana en tiempo y espacio para los recientemente independizados.

Al decir tradición medieval europea evado, con intención deliberada, incluir la española. En ello sigo muy de cerca el discurso de algunos autores que distinguen lo español de lo europeo; más precisamente, lo occidental de lo puramente hispano, el romanticismo alemán del español. Acaso liberales y conservadores mexicanos hubieran coincidido en las sátiras anglo-francesas que despectivamente trazaban fronteras: "África comienza al sur de los Pirineos". También a propósito no ahondo en la disputa contemporánea que considera lo medieval español distinto de lo europeo; me refiero a la supuesta tardanza española que ha sido argumentada principal-

mente por Curtius, en su tesis conocida como *Belatedness of Spain*.¹⁰

El comentario de Ortega y Medina revela la perennidad de la polémica. Con cierta alarma, el maestro Ortega destaca el contraste entre el entusiasmo progermánico de Lacunza y su aspecto criollo, "más bien mediterráneo que nórdico", y explica la filiación germánica de Lacunza como "arbo en términos de admiración intelectual (p. 77)". Hablar de admiración intelectual me parece un eufemismo, comprensible en el maestro Ortega y Medina (español por nacimiento). La preocupación mexicanista de Lacunza lo lleva a cambiar España por Europa, la Península por el romanticismo alemán, la tradición del Cid por *Las cuitas del Joven Werther*. Algo semejante sucede en las discusiones literarias que intentan trazar el origen de las letras nacionales. Para constituir una literatura mexicana era necesario realizar lo imposible: desespañolizar el español de México. Ello podría alcanzarse mediante el nacionalismo; y con él muchos escritores fueron conformando el nuevo proyecto de literatura en torno a la Academia de Letrán. Una tradición no hispana podía cimentar la autonomía de quien anhelaba dejar de ser colonia.

Vale aquí lo que en otras latitudes se ha señalado como propio del espíritu nacional. Un observador del fenómeno del nacionalismo, Hans Kohn, también contemporáneo nuestro, asegura que cuando el nacionalismo surgió en Europa hacia el siglo XVIII, encontró cuerpo en

⁹ Luis Weckman "La Edad Media en México", en *Panorama de la cultura medieval*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962, p. 7.

¹⁰ Cf. Ernest R. Curtius "Spain's Cultural Belatedness" en *European Literature and the Latin Middle Ages*, Routledge & Kegan Paul, London, pp. 441, ss.

la Revolución Francesa y pasó a manifestarse en el campo cultural, donde “encontraría su expresión dominante”. Para Kohn, países como Alemania e Italia se convirtieron en atalayas del nacionalismo: “...sus manifestaciones literarias y folklóricas en la lengua materna y en la historia, [los convirtieron] en centro de atención de los nacionalismos”¹¹ (7). Según Kohn, lengua e historia son elementos “naturales con los cuales se forma el nacionalismo”.

De este lado del Atlántico fueron igualmente “naturales” y a cual más evidentes; por ejemplo, entre los miembros de la referida Academia. Precisamente fue en la habitación de José María Lacunza, en 1836, cuando los incipientes románticos mexicanos comenzaron a reunirse en el seminario que dos años después se convertiría en la asociación literaria más trascendente del siglo XIX mexicano: la Academia de Letrán.

El espíritu nacional proporcionó la posibilidad de contar la historia de la literatura mexicana con raíces distintas de las españolas, ofreció lo necesario para que la Independencia fuera cultural y, una vez ahí, alcanzara una totalidad existencial, no simplemente política o administrativa. El proceso fue complejo, y parte de él se advierte en los primeros esfuerzos por trazar una genealogía literaria en la cual España no fuera ya la Madre Patria. Había que, como diríamos ahora en términos psicoanalíticos, “asesinar a los padres” para que la joven literatura mexicana pudiera alcanzar la madurez. En ese asesinato simbólico, la Edad Media Europea, desde entonces percibida como diferente de la Hispana, fue cómplice involuntaria.

¹¹ Hans Kohn *Historia del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, pp. 17 ss.

Más vale precisar, pues las víctimas pueden sentirse incómodas. La época histórica propiamente conocida como Edad Media no tiene mayor culpabilidad; más bien la ideología nacional liberal y la reconstrucción romántica del pasado medieval proporcionaron el subterfugio para evadir una herencia que no se deseaba, que en aquellos momentos no podía ser asumida con tranquilidad. Lo impedía la cercanía de la infausta memoria colonial.

Pero una reconstrucción del pasado feudal, que acercara a los liberales mexicanos con la ideología libertaria y nacionalista de los pueblos europeos (como el mosaico germano o el británico), pudo ser objeto de fácil usurpación. Después de todo, ya lo había dicho un ilustrado europeo, en aquella sentencia: “El árbol tiene dueño, pero los frutos son de todos”.

DE CÓMO USURPAR UNA HERENCIA

Uno de los primeros en trazar un linaje literario que redujera la influencia española fue Tadeo Ortiz de Ayala, quien había vivido en España, Buenos Aires y Guatemala. En 1832, con su *México considerado como nación independiente*, publicada en Burdeos, abre las puertas para argumentar el derecho cultural de los primeros mexicanos a la universalidad. Asienta los orígenes literarios en la Antigüedad Clásica y hábilmente enlaza las posibilidades de las herencias orientales al hablar de la literatura árabe; también avista, como de reojo, la presencia de los poetas nahuas. Con sutileza evita condenar la época colonial, pero la ausencia de menciones barrocas sugiere una omisión consciente. Con el transcurso del siglo, delimitar los orígenes anulando el pasado

colonial será obsesión de quienes tracen nuestra historia literaria.

En la década siguiente, la omisión será abierta hostilidad y condena que enmudece. Luis De La Rosa, en su "Utilidad de la Literatura en México (1844)" sostiene que la libertad y la política son condiciones necesarias para la creación poética:

En donde no hay patria, señores, no hay verdadera poesía; en donde unos cuantos mandan como tiranos orgullosos, y los demás tiemblan a la voz de su señor, como esclavos envilecidos... los grandes ingenios no pueden vivir.¹²

Y no le es difícil a De la Rosa marcar el comienzo de la literatura mexicana durante "la sangrienta guerra de Independencia [cuando] hubo ya verdadera poesía...".

Esta reescritura de la Historia conscientemente asume orígenes diversos de la historiografía española, e impulsa clásicos ajenos a la tradición colonial. Liberales y románticos mexicanos optan por el esquema que propuso Víctor Hugo, célebre romántico francés, en el "Prefacio a *Cromwell*", donde asegura la existencia de tres edades en el desarrollo literario: la Antigua, la Media y la Moderna.

En este sentido, resulta digna de mejor estudio cierta idealización de la Edad Media común a los decimonónicos, pero que aquí ejemplifico con el liberal moderado –para algunos conservador– José María Lafragua, quien en un discurso pronunciado ante El Ateneo Mexicano, en 1844, llamado "Carácter y objeto de la literatura", sigue de cerca

¹² Luis de la Rosa "Utilidad de la literatura en México", en *El Ateneo Mexicano*, 1844, rep. por Ruedas, *Op. Cit.*, p. 99.

las tres edades. Su enumeración de la ruta literaria empieza por la tradición grecolatina, sigue con el derrumbe del Imperio Romano y menciona el advenimiento del cristianismo:

El Dios del Sinaí arrojó del templo a los Dioses del Olimpo y dilataba el imperio de La Cruz, ponía los cimientos de la futura sociedad.

Esa futura sociedad no es otra que la medieval, pero Lafragua resignifica la Edad Media al incluir en ella lo mismo a los Padres de la Iglesia y a Carlomagno, que al "profeta de La Meca que soñábase rival del mártir del Calvario", a los árabes que a los provenzales, a "La Gaya Ciencia que a Dante, Petrarca y Boccaccio."

Para Lafragua, la medieval fue una

época de fe de amor y de caballería [a la cual siguió]... otra de mal gusto y exageración, emblema de la sociedad prostituida ya por los atentados del poder eclesiástico y del poder civil.

Al referirse a La Ilustración y a la Revolución Francesa, dice nuestro autor, a manera de justificación: "Y pues todo era anarquía, la literatura fue también anárquica...". Luego reconoce los aciertos de Madame de Stäel y Chateaubriand, Schiller y Goethe, Byron y Walter Scott. Pero destaca, por enorme, su añoranza de la Edad Media, frente a la funesta Ilustración y el subsecuente racionalismo:

Sí señores, fuerza es confesarlo... cuanto hemos ganado en ideas, hemos tal vez perdido en afectos... Los hombres de otros tiempos sabían menos que nosotros, pero sentían mejor...

Ciertas filiaciones castizas o mestizas, más que la maraña de inadvertidas contradicciones que hoy llamaríamos “contradicciones dialécticas” y que reconocemos como una constante del individuo romántico, Lafragua exclama, inmerso en su idealización de lo medieval:

... ¡lejos estoy de aprobar las exageraciones del romanticismo! Creo que se puede amar con todo el delirio de Abelardo, sin necesidad de ser un Claudio Frollo [el arcediano de *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo].

Más aún, en el texto “Carácter y objeto de la literatura”, construye una historia literaria mexicana paralela a la europea. Sigue de cerca, aunque no proporcione el crédito debido, la noción de tres edades concebida por Hugo. De la primera, la Mexicana Antigua dice

Nuestra edad primitiva se pierde en la noche de la Conquista... y en la media, México no era más que, como de su patria dice... [el Duque de Rivas], la segunda luz de España, que por colmo de males, sólo era entonces un reflejo de Italia y de Francia.¹³

Al borrar con un plumazo los tres siglos de creación colonial, Lafragua –como De La Rosa antes– afirma sin más que la Literatura Mexicana acaba de nacer gracias a la Independencia; ello implica un origen distinto al que proporcionara España.

Una década después, Francisco Zarco también exaltaría las cualidades de la li-

¹³ José María Lafragua Carácter y objeto de la literatura, El Ateneo Mexicano, 1844, rep. por Ruedas, *Op. Cit.*, p. 71.

teratura medieval. En su “Discurso sobre el objeto de la literatura”, pronunciado en 1851, al tomar posesión como presidente del Liceo Hidalgo, sucesor de la Academia de Letrán, califica de “Renacimiento de las letras en Europa” a la etapa posterior a la caída del Imperio Romano. Sin perturbarse ante lo que el actual horizonte cultural consideraría anacronismos, sólo atento a ponderar el ideal del medioevo, señala que fue entonces cuando

la literatura toma ese carácter compuesto en cuya formación tiene parte la gracia y el adelanto de los griegos y los romanos, la luz vivificadora del cristianismo, la nobleza de los tiempos caballerescos, origen de la poesía de los trovadores, de aquellos hombres que siempre hablaban de amor, como dice Petrarca, y que en el canto erótico no ensalzan, como los antiguos, la belleza y la gracia, sino la virtud y la generosidad.¹⁴

Y en contundente alusión a las rémoras neoclásicas de la Colonia, y a las posibilidades de injertar la literatura nacional con la tradición medieval del amor cortés, este pionero de la crítica literaria mexicana declara:

...una de las primeras y más notables diferencias de la literatura moderna comparada con la antigua, es que reconoce la excelencia de la mujer, que eleva el amor a [alto]... grado de sublimidad y de abnegación... El amor, ese sentimiento puro, inmaculado, que suaviza la costumbres, reemplaza pues a la lubricidad antigua, la dama

¹⁴ Zarco, *Op. Cit.*, p. 176

cantada por el trovador le inspira obras inmortales, poemas de fuego, mientras que la cortesana griega, con el vino, sólo puede inspirar insípidas anacreónticas...

Y sigue, incorporando linajes nórdicos a la genealogía nacional:

...No intentaré trazar ni ligeramente cuál ha sido el adelanto del espíritu humano en todos los pueblos, y señalar los nombres de Dante, y de Petrarca, de Chaucer y de Shakespeare, de Don Alfonso el Sabio y de Camoes... por no mirar después que no bastan volúmenes para registrar los títulos de las obras que por todas partes aparecen, pruebas de que la Italia, la Francia... la Inglaterra y la Alemania no han permanecido estacionarias y han contribuido igualmente al bien de la humanidad...

Es obvio que para Zarco la literatura mexicana también acaba de nacer y entre sus modelos deben estar los escritores medievales, ingleses e italianos, junto a los lusohispanos. Esta idealización de lo medieval contrasta grandemente con la devaluación de lo barroco, que entonces era visto como el fruto contaminado por la dominación española. El antihispanismo de Zarco es francamente declarado. Al trazar el árbol genealógico de la joven literatura reconoce el valor universal de Ruiz de Alarcón, pero denuncia con ironía el repudio hispano primero y, luego, la usurpación:

Ruiz de Alarcón tuvo mucho que sufrir, se vio herido por el odio y la envidia de los españoles; muchas de sus obras

se perdieron y ahora la gloria del célebre poeta nos es disputada por la España.

Se trata de "El odio a lo español" que denuncia Bolaños Cadena en el tercer milenio. Evidencia clara del rechazo a lo colonial, que no virreinal, aparece en estos textos donde campea el desprecio hacia Sor Juana, ampliamente conocida y bien instalada en el Parnaso Español. Más que incompreensión debida a la diferencia del horizonte cultural, la condena se debe al hispanismo sorjuanesco. La mayoría de los críticos liberales, Lacunza, Altamirano, Vigil e Ignacio Ramírez entre otros, repudian todo fruto de la Décima Musa: consideran su creación como ocioso juego de palabrerías, doblemente fútil, por ocioso y por español. Así lo expresa Zarco en otro artículo, "Estado de la literatura en México", de 1852:

Sor Juana Inés de la Cruz, encomiada en sus tiempo, adolece de todos los defectos y del mal gusto que cuando ella escribía se notaba en todos los poetas españoles

Como tantos otros liberales, y uno que otro conservador, Zarco dedica párrafos enteros a anatematizar a la poetisa de Nepantla. Finalmente, con cierta resignación, la acepta como a la parienta que no tiene remedio:

Las obras de Sor Juana deben contarse en nuestra literatura, y es lástima que fuera monja, que se dejara llevar del mal gusto de su época, que tuviera que escribir tantas alabanzas a la virreina y a sus hijos y a tantas grandes señoras. Parece que la poetisa fue reputada

como [loca] no peligrosa tal vez por que estaba hundida en el claustro...¹⁵

En la década de 1860, Francisco González Bocanegra exaltó igualmente las raíces medievales en su "Discurso sobre la Poesía Nacional". Reconoce a Fernando Calderón como la gloria de las letras mexicanas, autor cuya creación dramática se distinguió por una especial predilección por recrear a los cruzados y otros asuntos medievales típicos del norte europeo. Al trazar el desenvolvimiento de la poesía mexicana, en el segundo cuarto del siglo XIX, González Bocanegra apunta alborozado:

México ve sucesivamente en escena la comedia *A ninguna de las tres*, y los dramas, *El torneo*, *Ana Bolena*, y *La vuelta del Cruzado*; México aplaude al hijo de Zacatecas, que parecía nacido para ser el Bretón mexicano y para recordarnos los tiempos poéticos de la caballería y de las Cruzadas...

Y continúa extirpando las raíces españolas, mientras que inyecta al genio mexicano con la savia de la Independencia:

Las obras del señor Calderón honran la literatura de nuestra patria y si las dramáticas no son de todo punto perfectas, revelan desde luego las felices disposiciones de que estaba dotado su autor; ellas son una prueba de que la literatura había hecho en México Independiente, en pocos años, progresos

¹⁵ Francisco Zarco "Estado de la literatura en México", *La Ilustración Mexicana*, 1852, rep. en Ruedas, *Op. Cit.*, p. 174

mucho mayores que en todo el tiempo de la dominación española¹⁶

Con todo, la desespañolización y la alternativa medievalización de la mentalidad literaria mexicana se perciben en su más aguda expresión en la elocuente disquisición que Ignacio Ramírez, El Nigromante, lanza a Emilio Castelar. Es un texto que merece leerse en el horizonte cultural que lo produjo, y que merece también la debida distancia histórica. Más que un discurso de crítica literaria, entraña una tesis de combate y una sólida postura filosófica, liberal. Lleva por título, precisamente, *La Desespañolización* y data de 1865.

Con vigor y viveza, en tono guerrero, Ramírez responde a la reflexión de Castelar, quien retóricamente preguntaba:

¿Renegáis americanos de esta nación generosa que tantos timbres tiene en su historia, tantas prendas en su carácter, tantos fulgores en su civilización... Renegáis de este país que ha fundado vuestros puertos, que ha erigido vuestros templos, que os ha dado su sangre, que ha difundido su alma en vuestra alma, que os ha enseñado a hablar la más hermosa, la más sonora de las lenguas...?

La respuesta de Ramírez es fulminante,

...renegamos los mexicanos de la patria de Usted... del mismo modo y por las mismas razones que Ud. reniega de ella... ¿A qué época de España quiere

¹⁶ Francisco González Bocanegra " Discursos sobre la poesía nacional" en Ruedas, *Op. Cit.*, p. 148.

que pertenezcamos? ¿Imitaremos la España actual donde Usted, admirable escritor es visto como un paria?... No, Usted no canoniza el robo del guano, ni los asesinatos de Santo Domingo, ni la esclavitud de Cuba; llamándose Usted demócrata ha dicho sobre la España de hoy: ¡Anatema!...¹⁷

Sigue El Nigromante con el recuento de las atrocidades sufridas, que un espíritu liberal radical no puede olvidar. Pero no interesa aquí el juicio sobre ciertos penosos incidentes de la historia española; interesa, en todo caso, la filiación mexicana medieval. Tampoco en esto Ramírez abandona su radicalismo:

Nos designará Usted, por ventura [como paradigma español] la Edad Media? El tipo más puro de aquella época nos lo conserva Don Quijote, el más puro, por que este caballero siquiera es un loco, y no un bandido... Reniega Usted, confíeselo de esa nación... la España que Usted ama no existe ni ha existido jamás; el talento de Usted la engendra en su alma democrática... Y se deslumbra Usted con la civilización que le desea, pero entretanto, para sus paisanos Usted no es más que el Don Quijote del progreso...

Para entonces, la identidad española se tambaleaba también, y la República de Cautelar, el liberalismo español, caería en desgracia. No deja de sorprender que Ramírez adelante la tesis de Las Dos

¹⁷ Ignacio Ramírez "La desespañolización", reproducido en Ruedas, *Op. Cit.*, p. 189. Se trata de una pieza oratoria significativa, y queda por estudiar el liberalismo de Castelar contra el liberalismo de Ramírez.

Españas, algo que autores como el propio Larra postularían después: la tradicional oscurantista y la humanista tolerante.

Y continúa el embate construyendo un edificio lingüístico propio, con horizonte histórico independiente:

Y en cuanto a la más hermosa, la más sonora de las lenguas ¿no es verdad que el señor Castelar compite con nosotros cuando se trata de desfigurarla? ¿Habla el Señor Castelar como *Las Partidas*?...

Lamento no ahondar en la interesantísima polémica Ramírez—Cautelar, que arrojaría luces sobre los diversos liberalismos en la región trastlántica. Me basta por ahora con señalar que la visión que El Nigromante tiene del medioevo español, y, en general del Europeo, se parece muy poco a la de Lafragua o de González Bocanegra. Acaso sería que, consumado el parricidio, la literatura nacional había adquirido ya su mayoría de edad; ahora podía expresarse sin temor por lo pretérito, y asumir como ancestros a quienes le placiera.

"CRÍMENES SON DEL TIEMPO Y NO DE ESPAÑA":¹⁸ RECONCILIACIÓN CON EL PASADO

En 1868, año de la República Restaurada y fin de las intervenciones extranjeras,

¹⁸ Dicho popular que escuché frecuentemente en boca de mis profesoras de historia, religiosas del Verbo Encarnado, en el Instituto Pedagógico Anglo Español, escuela de monjas; en España no lo conocen, pero en México, para paliar conflictos con el horizonte histórico, suele decirse "Crímenes son del tiempo...".

aparecen ya los síntomas de la reconciliación. José Tomás de Cuéllar, desde su retiro provinciano en San Luis Potosí, ya podía citar de nuevo a un clásico español, sin merma de la autonomía expresiva, ni de la libertad ni de la independencia. Y así empieza sus "Apuntes para la literatura nacional":

La literatura es la expresión del estado de civilización de un pueblo, ha dicho el célebre escritor español D. Mariano José de Larra, y esta verdad se pone de manifiesto en la historia de la literatura en México.²⁰

Un año antes, ya Joaquín Baranda en su "Discurso sobre la poesía mexicana", pronunciado en la clausura solemne de las cátedras del Instituto de Campeche, podrá reconocer con mesurada ostentación la raíz indígena del árbol genealógico, pues entre las fuentes de la literatura mexicana deben contarse

las juntas que estableció el célebre sabio y rey Netzahualcóyotl, digno émulo de Pericles y de Augusto, y que eran realmente academias públicas para estimular el ingenio y fomentar de este modo, la poesía, la música y las otras artes.²¹

En 1871, en "Carta a una poetisa", manifiesto literario del maestro Ignacio

¹⁹ Vicente Riva Palacio "Alfredo Chavero", en Ruedas, *Op. Cit.*, p. 323.

²⁰ Cuéllar, José T. "La literatura nacional: apuntes", *La Ilustración Potosina*, México, 1869, p. 12.

²¹ Joaquín Baranda "Discurso sobre la poesía mexicana", *Obras del Lic. Baranda*, México, Biblioteca de autores mexicanos, 1900, p. 7.

Manuel Altamirano, quien ha sido llamado el padre de la literatura mexicana –era entonces el presidente de la República de las letras– se exhibe ya con reconvención paternalista y fina ironía, el derrumbe de la ficción medieval. El maestro sentencia que esa idealización de un pasado extranjero debía quedarse allá, en el pasado y en la lejanía, a muchos kilómetros de las costas nacionales:

¿Que viene a hacer a México la leyenda caballeresca de Europa?... ¿Cómo traer a México los castillos feudales que se elevan en las rocas y se pierden entre las nieblas; cómo evocar los recuerdos de hazañas que no se conocen, porque apenas se conoce la historia; cómo vestir a un "caporal" la armadura de acero bruñido, y dar a un indio vendedor de guajolotes el aspecto de un escudero?²²

Abundan, pues, textos de la época que exhiben cómo la medievalización mexicana favoreció, mediante la extrapolación hacia lo nor-europeo y el rescate del sustrato indígena, la nacionalización de una literatura antes colonizada por lo sud-europeo. Además, la pátina de idealidad que envolvía a la Edad Media sirvió de puente para que la literatura mexicana se uniera sin conflictos con la europea. Lo afirma, con timbres de madurez, otro liberal radical, en 1872, José María Vigil, cuyo horizonte histórico ya no es medieval ni colonial, sino cabalmente universal:

²² Ignacio Manuel Altamirano "Carta a una poetisa", *Obras literarias completas*, México, Labor-Oasis, 1959, p. 651.

...las relaciones del Lacio y de la Grecia con la Europa Moderna [herencia cultural universal] se conservaron en la Edad Media, y [gracias a ella] los pintores mitológicos no han perdido por completo su influencia entre nosotros

La ponderación de este parricidio semiótico, proceso de liberación mediante la resignificación de una herencia cultural, ha tenido la intención de reflexionar sobre la visión de la Historia Literaria de México que tuvieron algunos escritores del XIX mexicano. Para el romanticismo mexicano la Historia no es una moda, ni un fruto silvestre del historicismo; constituye una tarea patriótica, urgente, impostergable. Así lo consideraba desde 1843 el Conde de la Cortina, un "proyecto patriótico[...] que trata de echar los primeros cimientos de nuestra historia literaria."²³

Así lo expresa Vigil en su "Necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria"²⁴ (1878), donde postula que el desconocimiento de los propios orígenes y los prejuicios que acarrea la oscuridad, son la raíz del "funesto sentimiento de inferioridad de los mexicanos". Para él es necesario desvanecer ese misterio que impide el acceso de México al Progreso;

²³ José Justo Gómez de la Cortina, a propósito de un comentario en torno a *Colección de las mejores producciones científicas y literarias de nuestros poetas y prosistas modernos* de Ignacio Cumplido, publicado como "El Zurriago" en *El Siglo XIX*, 2a. época, año II, trim 1, sábado 27 de mayo de 1843, pp. 4 y 5 (*El Zurriago* era el seudónimo del Conde de la Cortina).

²⁴ José María Vigil "Necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria", en *El sistema Postal Mexicano*, México, 1878, p. 267".

la conveniencia estriba en el poder de cambio de la Historia: ella nos convertirá de "súbditos en ciudadanos", de inferiores en "seres políticos que se beneficien con la civilización". El error fundamental había sido la abundante enseñanza de las gramáticas latina y griega, y el olvido de las propias. Vigil, humanista conciliador, más que injertos o extracciones de raíces, recomienda ampliar los cultivos; más que reemplazar, ensanchar el terreno: "que el idioma nahoa figurase al lado de las lenguas sabias" era el ideal de Vigil. Este argumento es retoño del sincretismo en que habría de ser pródiga la literatura –y toda la cultura– mexicana en el siglo XX e incluso ya en el XXI; y alimentará el debate entre hispanistas y nacionalistas, entre hispanofílicos y mestizófilos, tensión y distensión que Luis Mario Schneider localiza en su obra *Ruptura y continuidad, la literatura mexicana en polémica*.²⁵ Octavio Paz explica la insistencia liberal en la desespañolización, mediante su tesis de la "negación de España":

La relación de las colonias hispano-americanas con la Metrópoli era completamente distinta [de la de Estados Unidos con la Corona Británica]. Los principios que fundaron a nuestros países [los latinoamericanos] fueron los de la Contrarreforma, la monarquía absoluta, el neotomismo y, al mediar el siglo XVIII, el "despotismo ilustrado" de Carlos III. La independencia hispano-americana fue un movimiento no sólo

²⁵ Luis Mario Schneider *Ruptura y continuidad, la literatura mexicana en polémica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

de separación, sino de negación de España. Fue una verdadera revolución... es decir, fue una tentativa por cambiar un sistema por otro: el régimen monárquico español, absolutista y católico, por uno republicano, democrático y liberal.²⁶

Cierro esta polémica con las propuestas, muy adelantadas para su tiempo, del erudito y crítico conservador Francisco Pimentel, contrincante intelectual aunque colega literario de Altamirano e interlocutor de Vigil.

Ni el arte clásico, ni el arte romántico, ni el idealismo gentílico de Sófocles, ni el rudo realismo de Shakespeare, pueden satisfacer ya el espíritu contemporáneo... Para nosotros, el único sistema racional y posible es el eclecticismo poético, la combinación de lo que tienen de bello el clasicismo y el romanticismo, con exclusión de todo lo defectuoso.

Esta breve historia literaria, que a veces parecía más bien una historieta, concluye con el triunfo del anhelo estético sobre el ímpetu nacionalista. Ya instaurado el Porfiriato, apaciguada momentáneamente la ansiedad de la soledad, en los albores de la madurez, la poesía mexicana puede concentrarse en lo suyo: la belleza universal. Toca su turno al modernismo,

²⁶ Octavio Paz, citado por Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 25.

²⁷ Francisco Pimentel "El eclecticismo poético u la poesía de José Joaquín Pesado", en *Ruedas*, *Op. Cit.*, p. 334.

primer movimiento americano, nuevo, y que cifra su poder en la gracia estética contribuyendo al arte universal con los tintes de la tierra.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Ignacio Manuel "Carta a una poetisa", *Obras literarias completas*, México, Labor—Oasis, 1959.
- Curtius, Ernest R, "Spain's Cultural Belatedness" en *European Literature and the Latin Middle Ages*, Routledge & Kegan Paul, London, 1973.
- Baranda, Joaquín "Discurso sobre la poesía mexicana", *Obras del Lic. Baranda*, México, Biblioteca de autores mexicanos, 1900.
- Bolaños Cadena, Laura *La identidad perdida y otros mitos*, Editorial Vila, México, 2001.
- Hauser, Arnold *The Social History of Art*, "German and Western Romanticism", Routledge & Kegan Paul, London, 1951.
- Kohn, Hans *Historia del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
- Muñiz, Elsa "Identidad y cultura en México, hacia la conformación de un marco teórico conceptual", en Lilia Granillo (Coord.) *Identidades y nacionalismos, una perspectiva interdisciplinaria*, Ediciones Gernika—Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993.
- Rama, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- Ramírez, Santiago *Infancia es destino*, Siglo XXI, México, 1975.
- Ramos, Samuel *El Perfil del hombre y la cultura en México*, Porrúa, México, 1963.

Ruedas de la Serna, Jorge (coord.) *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

Schneider, Luis Mario *Ruptura y continuidad, la literatura mexicana en polémica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Weckman, Luis "La Edad Media en México", en *Panorama de la cultura medieval*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962.

HEMEROGRAFÍA

Cuéllar, José T. "La literatura nacional: apuntes", *La Ilustración Potosina*, pp.5 ss, México, 1869.

"El Solito", *Diario de México*, Núm. 49, Tomo 1, f. 165, sábado 9 de noviembre de 1805.

De la Rosa, Luis "Utilidad de la literatura en México", *El Ateneo Mexicano*, Tomo I, pp. 205 ss, México, 1844.

Lafragua, José María "carácter y objeto de la literatura", *El Ateneo Mexicano*, Tomo I, pp. 12 ss, México, 1844.

Vigil, José María "Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana", *Revista Mensual Mexicana*, México, 1877, pp. 3 ss.

"Necesidad y conveniencia de estudiar la Historia Patria", en *El sistema Postal Mexicano*, México, 1878, reproducido por Juan A. Ortega y Medina.

Zarco, Francisco "Discurso sobre el objeto de la literatura", *La Ilustración Mexicana*, Tomo 1, pp. 161 ss, México, 1851.

"Estado de la literatura en México", *La Ilustración Mexicana*, tomo III, pp.5 ss., México, 1851.